

LECCION OCTAVA.

Sálvanse algunos amigos de Cortés.—No los persiguen los indios.—Se vuelven, limpian los fosos y queman los cadáveres.—Marchan á Tlacopan.—Persecucion.—Los Remedios, ó sea el Socorro.—Fortificacion y descanso.—A Tlaxcala por Cuautitlan.—Citlaltepec.—Xoloc y Zacamolco.—Comida de caballo.—Tlaxcaltecas.—Llanura de Tonampoco.—Ejército de Otompan y Calpulalpan.—Grave conflicto.—Habla Cortés.—Batalla que duró cuatro horas.—Cihuacatzin.—Red de oro en la punta de una lanza.—Sandoval, Alvarado, Olid y Ávila le guardan la espalda.—Juan de Salamanca.—Derrota.—María de Estrada.—Mexicatzin.—7 de Julio.—Tlaxcala.

En la honda pena en que hemos descrito á Cortés con motivo de la espantosa derrota, le consoló la presencia de Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid, Ávila y Lugo, sus intérpretes Aguilar y D^a Marina, y su ingenioso Martin López, personas en quienes tenia cifradas sus esperanzas para llevar á cabo su conquista.

De Popotla tomó Cortés, con los destrozados restos de su ejército, el rumbo de Tacuba, y pudo hacerlo, porque los mexicanos, luego que sus enemigos salvaron el último foso, retrocedieron á la ciudad y se ocuparon en reparar sus puentes, limpiar sus fosos y quemar los cadáveres ántes de que se inficionase el aire. A esta marcha retrógrada de las fuerzas mexicanas debieron los españoles su salvacion y se debe la consumacion de la conquista.

Pero apénas los pueblos cercanos á Tlacopan percibieron aquella marcha, se lanzaron sobre los españoles, que, dispersos, heridos, maltratados y hambrientos, hacian esfuerzos sobrehumanos para resistir los combates de sus enemigos.

Así temaron el rumbo de Occidente y lograron apoderarse de un pequeño monte llamado Otoncalpolco, donde habia un templo en que se guarecieron. En ese lugar está hoy el santuario de "Los Remedios" ó "El Socorro," como se llamó en un principio.

Fortificáronse los españoles en el templo descrito; pudieron cobrar algun descanso, defendiéndose de sus enemigos con ménos fatigas, y al dia siguiente emprendieron la marcha buscando Tlaxcala, lugar que podia brindarles hospitalidad.

Tocaron en su camino, siempre perseguidos por los pueblos de Tacuba, Azcapotzalco, Teotihuacan y otros, por Cuautitlan, Citlaltepec, que ha desaparecido, Xoloc, de incierto recuerdo, y Zacamolco, de cuya situacion no hay noticia.

En este último pueblo, en medio de la fatiga y de las penalidades mil que padecian los conquistadores, se hizo sentir el hambre tan profundamente, que vieron como promesa de banquete la muerte de un caballo; y los tlaxcaltecas, llenos de desesperacion, se arrojaron al suelo mordiendo la yerba, y prurumpiendo en imprecaciones contra sus dioses.

Al dia siguiente de estas escenas, desde la cima del monte Amaquemecan que atravesaban, distinguieron los españoles en una inmensa llanura llamada Tonampoco, á corta distancia de Otompan, un numerosísimo ejército con sus estandartes, su aparato amenazador y sus horribles gritos de venganza.

Algunos autores afirman que aquel ejército seria de 200,000 hombres; otros, más cautos, cuentan con las exageraciones del temor: de todas maneras, la presion simplemente del número bastaba para anonadar á los conquistadores. Los españoles creyeron llegado el último momento de su vida. Notó Cortés impresion tan desfavorable, y dirigió la palabra á sus tropas.

"No queda más arbitrio—les dijo en voz entera y ánimo esforzado—que vencer ó morir. ¿Por qué temer? Dios que nos ha conservado hasta hoy en medio de tantos peligros, ¿ha perdidido el poder de salvarnos?"

Empeñóse la batalla sangrienta.

Durante cuatro horas permaneció indecisa la victoria, mientras empezaba la matanza y se renovaban en cada palmo de tierra horrores sin cuento..... Casi vencidos los españoles, rendidos sus brazos, embotadas sus armas y á punto de sucumbir, se ocurrió á Cortés jugar el todo por el todo, internándose al corazon del ejército enemigo y apoderándose del caudillo Cihua-

catzin que se distinguia en el centro de él en sus magníficas andas, con su rico vestido y su penacho de plumas, y á su lado su estandarte, que consistia en una red de oro colgada en la punta de una lanza.

Ordenó Cortés á sus generales Alvarado, Olid y Ávila, que le guardaran la espalda, y arremetió con algunos soldados escogidos. Su empuje fué tremendo: arrollaba cuanto se oponia á su paso, no obstante la feroz resistencia que encontraba; así llegó al jefe mexicano, á quien derribó de las andas de un lanzazo. Apenas hubo caido, Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontó rápido de su caballo, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole su penacho se lo presentó á Cortés. Aquella fué la señal de la victoria para los españoles, que alentados por el desórden en que vieron á sus contrarios, les persiguieron con encarnizamiento, haciendo en ellos grandes estragos.

Sin duda alguna este fué uno de los triunfos más señalados y trascendentales de los españoles; la Historia ensalza en esa accion el ardimiento de Cortés, el denuedo de Sandoval, á una mujer, María Estrada, que peleó como los más valientes soldados, y á Mexicatzin, que recibió despues las aguas del bautismo y en él el nombre de D. Antonio; se hizo célebre, tanto por su valor, cuanto por haber vivido 130 años.

Las pérdidas de los mexicanos fueron espantosas. Perecieron muchos españoles, y casi en su totalidad el ejército tlaxcalteca.

Cansados de perseguir á los dispersos de Otompan, se retiraron los españoles á Tlaxcala, reducido su número á 440 hombres.

Todos los prisioneros que tanto en la *Noche Triste* como despues hicieron los mexicanos, incluyendo en ellos cien españoles, fueron horriblemente sacrificados en el templo mayor de México.

El 8 de Julio de 1520 entraron en Tlaxcala los españoles dando gracias al cielo por encontrarse en tierra amiga, donde recibieron consuelos, atenciones y solícitos cuidados, mostrándose los españoles profundamente reconocidos á aquella República, su aliada y salvadora.

Miéntas los españoles descansan de sus fatigas en Tlaxcala, volvamos la vista á los mexicanos.

A pesar de los estragos sufridos, bastantes por sí solos para aniquilarlos, la guerra civil los devoraba, ocurriendo matanzas de hermanos contra hermanos, y despedazándose la anarquía.

Por un esfuerzo de la misma desesperacion pensaron en un jefe que los condujese en aquella extremidad, y fué elegido rey Cuiclahuatzin, que como hemos dicho, se hallaba al frente de las tropas en la *Noche Triste*.

Como sabemos, Cuiclahuatzin, Señor de Ixtapalapan, era hermano de Moctezuma. Sabio, valiente hasta la temeridad, magnífico en su porte, simpático por su amor á las artes y por su índole generosa.

Luego que tomó Cuiclahuatzin posesion del mando, reparó las fortificaciones y los templos, se dedicó á pacificar á sus súbditos, y envió embajadores á los tlaxcaltecas con suntuosos regalos, procurando su reconciliacion.

En el Senado de Tlaxcala se dividieron los ánimos. Xicotencatl se inclinó á los mexicanos decidido; Mexicatzin tomó el partido de los españoles, á tal punto, que en una discusion, ardiendo en ira, descargó recios golpes sobre Xicotencatl y le mandó aprehender.

El Senado rechazó las propuestas de los mexicanos sobre que rompieran los tlaxcaltecas su alianza con los españoles, quienes luego que supieron la conducta de Mexicatzin se le mostraron profundamente agradecidos.

Los españoles ganaban terreno en el corazon de los tlaxcaltecas; cuatro jefes de la República, Mexicatzin, Xicotencatl el viejo, Tlehuizolotzin y Citlalpopoca recibieron las aguas del bautismo, y con ellas los nombres de D. Lorenzo, D. Vicente, D. Gonzalo y D. Bartolomé.

A pesar de las ventajas, la disminucion de sus tropas, sus enfermedades, la pérdida de los tesoros adquiridos y la presencia de un riesgo tan inminente, hizo que se presentaran síntomas de descontento, y éste fué un trance congojoso para Cortés.

Apresúrase diestro á ahogar aquella conspiracion; pintó á sus

tropas una perspectiva risueña, y fué tan diestro, á la par que tan enérgico, que conjuró esta tan terrible tempestad.

Algunos pueblos indígenas que se habian aliado á Cortés, al ver sus desgracias, se convirtieron en sus más ardientes enemigos. Entre ellos se distinguian los de Tepeyacac, hoy Tepeaca, al punto que obligaron al conquistador á hacer una salida contra ellos.

Xicotencatl el jóven, arrepentido de la conducta que habia observado con Cortés, le ofreció sus servicios contra los de Tepeyacac, y éste los aceptó poniéndolo en libertad.

Reuniéronse á Cortés, al emprender estas expediciones, como 150,000 aliados, y recorrió victorioso, despues de varios encuentros, Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos, fundando en Tepeaca la ciudad de *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á nombrar magistrados españoles. Carlos V le concedió honores de ciudad en 1545, y cuando escribió Clavijero pertenecia al marqués del Valle.

LECCION NOVENA.

Cuitlahuatzin pretende oponerse al paso de Cortés.—Alianza de varios pueblos.—Combates parciales.—Triunfos de Cortés.—Sandoval en Veracruz.—Derrota de Salcedo.—Peste de viruelas.—Muerte de Cuitlahuatzin.—Sube al trono Cuauhtemotzin.—Marcha Ordaz á España.—Sube al trono acolhua Coatnacoatzin.—Marcha de Cortés á México.—Llegada á Texcoco.—Adhesion de Ixtlilxochitl á los españoles.—Ataque á Ixtapalapan.—Alianza de Cortés con varios pueblos enemigos de México.

Las tropas que quedaron guarneciendo á Segura de la Frontera se retiraron de ella á causa del gran número de enemigos que la cercaron. Al tiempo de retirarse distinguieron en las alturas del pueblo de Coahquecholan un numerosísimo ejército de mexicanos, y supieron que en persona lo mandaba Cuitlahuatzin con el objeto de impedir el paso á Cortés.

Coahquecholan era una ciudad considerable, muy amena, y

no ménos fortificada por la naturaleza que por el arte. Por un lado la defendia un monte elevado y escabroso, y por el otro dos rios poco distantes entre sí. La ciudad estaba circundada de un fuerte muro, no pudiéndose penetrar sino por cuatro puertas perfectamente colocadas, de modo que no debilitaban la defensa.

El Señor de Coahquecholan, amigo de Cortés, envió una embajada declarándose vasallo del rey de España y pronto á servirle, pero que se lo impedia la presencia de aquel ejército formidable y enemigo, al que combatirian si recibian algun auxilio.

Cortés se mostró reconocido y envió á Cristóbal de Olid con unos cuantos soldados españoles y cerca de 30,000 indios aliados.

Olid, al marchar al desempeño de su comision, recibió á los huexotzincos que espontáneamente se le incorporaron; pero sean sus antiguos desengaños, sean algunas apariencias, Olid temió una celada, mandó aprehender á los huexotzincos y que se le remitiesen á Cortés.

Olid quedó á la expectativa con sus tropas en gran desaliento; Cortés hizo las averiguaciones correspondientes, y probada la inocencia de sus aliados, los llenó de consideraciones y se determinó él mismo á dar cima á aquella expedicion.

Dió el aviso respectivo á sus amigos y se puso en marcha: luego que supieron los de Coahquecholan la proximidad de Cortés, embistieron contra los mexicanos con tal furia y con tan buen éxito, que le salieron á recibir conduciendo cuarenta prisioneros. Los mexicanos no se rendian; hubo varios combates parciales en los que peleando hasta el último trance perecieron todos los mexicanos.

Tres dias descansaron las tropas victoriosas de sus fatigas, y al cuarto se dirigieron á Itzacan, hoy Izúcar, pueblo fertilísimo guarnecido por cinco ó seis mil hombres de tropas mexicanas.

Los de Izúcar opusieron alguna resistencia á la llegada de las fuerzas españolas, pero fueron vencidos.

El Señor de Izúcar, abandonando sus tropas, se puso en marcha para México, lo que visto por aquella nobleza, que sin

duda no le era muy afecta, nombró, bajo los auspicios de Cortés, un nuevo gobernador, que adicto á los españoles, recibió á poco tiempo el bautismo.

Las victorias de los españoles hicieron que varios pueblos fueran á rendirles homenaje; entre éstos se cuentan Cuixtlahuaca y parte de la dilatada provincia de Mixtecpam.

Cortés volvió á Tepeyacac cargado de despojos y lleno de honores.

Entretanto, Sandoval en Veracruz vencía á los enemigos de Xalatzingo.

Salcedo, por orden de Cortés, acudió á combatir á los que se habian levantado por el Papaloapan, pero fué envuelto por los enemigos y derrotado tan completamente, que sólo un hombre quedó vivo, y ese fué quien llevó la noticia á Cortés.

Lleno de sentimiento y deseoso de vengarse, envió á los capitanes Ordaz y Ávila con algunos caballos y muchos aliados, los cuales tomaron la ciudad é hicieron destrozos en sus enemigos.

Pero lo grave del revés de Salcedo fué realmente el descontento que se propagó entre las tropas, al extremo de esparcirse rumores de rebelion al tiempo que los que la promovian insistian obstinadamente en volver á Veracruz.

Cortés, despues de madura reflexion, no sólo prometió á los soldados descontentos el regreso á Veracruz, sino que les dejó en libertad de que volvieran á Cuba, prefiriendo disminuir sus tropas á contar entre ellas elementos de desórden. Las pérdidas que con este motivo tuvo Cortés, fueron reemplazadas muy ventajosamente con las tropas que en auxilio de Narvaez mandaba Velázquez y se le incorporaron gustosas, y con otras fuerzas enviadas por el gobernador de Jamaica al reconocimiento, y que se agregaron al ejército de Cortés.

Los estragos que por este tiempo hacian las viruelas, enfermedad desconocida en el Nuevo Mundo, importada á nuestro suelo por un negro del ejército de Narvaez, dejó vacantes los gobiernos de algunos Estados como Cholula, Ocotelotl y Tlaxcala; los pueblos acudieron á Cortés para que eligiese gober-

nantes, reconociéndole como árbitro de los destinos de éstas tierras.

De la enfermedad terrible de que hablamos, murió el intrépido y heróico Cuixtlahuatzin, sucesor de Moctezuma, despues de tres meses de reinado.

Sucedióle en el mando Cuauhtemotzin, sobrino de Cuixtlahuatzin, por no quedar ya hermanos de Moctezuma.

Era Cuauhtemotzin un jóven de veinticinco años, valiente y lleno de inteligencia, aunque poco experto en la guerra, de grandes y generosos sentimientos.

Casóse con la viuda de Cuixtlahuatzin, y procuró seguir en un todo las huellas de su ilustre antecesor.

Cortés, ántes de regresar á Tlaxcala, envió á Ordaz á la Corte con relacion minuciosa de lo acaecido, y pidió por medio de Ávila auxilios á la isla de Santo Domingo para la conquista de México, despachándole con las instrucciones correspondientes.

Hecho esto, y después de asegurar perfectamente el camino de Veracruz, emprendió la marcha á Tlaxcala, donde entraron sus tropas de duelo y él vestido de luto por la muerte de Mexicatzin, á quien habia debido muy importantes servicios y á quien profesaba especial cariño.

Nombró Cortés á D. Juan Mexicatzin, sucesor de D. Lorenzo, armándole caballero segun la usanza de Castilla.

Murió tambien por aquellos dias Cuicuizcatzin, rey de Acolhuacan, elegido por Cortés y Moctezuma, y subió al trono Coanacoatzin, enemigo de los españoles.

No desperdiciaba Cortés un solo instante para realizar su pensamiento único, que era la conquista de México.

Infatigable emprendió la construccion de bergantines para botarlos al lago de Texcoco: se proveyó de maderas del monte de Matlacueye y mandó acarrear la jarcia y los útiles que dejó en Veracruz de las naves incendiadas al principio.

Hizo, con ayuda de sus aliados que momento por momento engrosaban sus filas, inmensa provision de víveres; alentó á sus

tropas, moralizó á sus amigos, y todo á punto, anunció su marcha para México.

Dividió su corta caballería en cuatro partes y la infantería en nueve compañías, con sus secciones de mosquetes, ballestas, espadas, rodela y picas.

Cortés á caballo, al frente de sus tropas, les arengó con persuasiva y conmovedora elocuencia, cuidando de revestir su empresa con todos los atractivos de la religion y con todos los encantos del patriotismo y la fortuna.

Sus palabras produjeron aclamaciones apasionadas de entusiasmo; llegó al delirio el amor á su jefe y su fe en la victoria.

Por su parte los tlaxcaltecas, que procuraban imitar á los españoles, quisieron hacer ostentacion de sus fuerzas delante de Cortés.

Rompian la marcha las músicas y los cuatro jefes de la República con sus espadas y escudos y sus penachos de hermosísimas plumas.

Seguian cuatro escuderos sosteniendo en su manos los estandartes de la República; despues, en secciones de veinte en veinte, pasaron las tropas bien ordenadas, dejando percibir de trecho en trecho los estandartes particulares de las compañías. El conjunto formaba un ejército de más de sesenta mil hombres, segun afirman Herrera y Torquemada.

Xicotencatl tambien arengó á sus tropas, exhortándolas á la fidelidad á los españoles, avivando su rencor con los mexicanos y ensalzando la perspectiva de gloria que tenian alcanzando el triunfo.

Cortés, de acuerdo con los principales señores de Tlaxcala, publicó un bando prohibiendo, bajo penas severas, las faltas contra la religion, el robo, las riñas, las violaciones contra las mujeres y las extorsiones de los indios. Cortés llevó á cabo con toda energía lo ordenado, tanto, que mandó ahorcar dos negros de su comitiva que violaron sus prescripciones.

El 28 de Diciembre, despues de haber oido misa Cortés y su ejército, marcharon con gran número de sus aliados rumbo á Texcoco.

Pasó el ejército por Texmelúcan; el 30 volvieron á ver el hermoso Valle de México, segun creemos, desde Venta de Córdoba. Descendieron, penetraron en Coatepec, y al siguiente dia se dirigieron á Texcoco.

En el camino encontraron sin armas y en són de paz, cuatro mensajeros del rey Coanacoatzin, quienes invitaron á Cortés á pasar á la Corte, suplicándole que se abstuviese de toda hostilidad.

Al mismo tiempo presentaron al conquistador una bandera que pesaba treinta y dos onzas de oro.

A pesar de estas exterioridades, Cortés desconfiando echó en cara á los mensajeros la crueldad para con los españoles, de los indios de Soltepec, quienes les dieron muerte, colgando sus pellejos del templo, despues de martirizarlos. Añadió, que ya que las vidas no podian recobrase, las compensasen con oro, intimándoles hicieran la restitucion.

Los de Texcoco se disculparon con los mexicanos y ofrecieron desagraviar á Cortés.

Entró Cortés en Texcoco y fué alojado en uno de los magníficos palacios de Netzahualpilli. Muy á poco de estar en Texcoco, notó Cortés la frialdad de aquellos habitantes, la ausencia de las mujeres y de los niños, y otros síntomas amenazadores.

No quedó duda de la disposicion del pueblo; efectuóse la fuga del rey en una barca, burlando la vigilancia de Cortés, que bien hubiera querido apoderarse de Coanacoatzin como aprehendió á Moctezuma.

Luego que se divulgó la muerte del rey, se presentaron á Cortés los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, á ofrecer sus servicios al conquistador, quien los acogió benignamente brindándoles su proteccion.

Los mexicanos echaron en cara á estos Señores su mal manejo y les amenazaron con crueles castigos; pero ellos, léjos de amedrentarse, se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés.

Recibió á los mensajeros Cortés y les preguntó, como si nada sospechase, el objeto de su viaje; ellos le dijeron, que sabiendo

que los Señores que los remitían tenían buenas relaciones con Cortés, habían ido á solicitar su mediación para implorar gracia para los mexicanos. Cortés dijo que los trataría como amigos, pero que á la menor hostilidad les haría sentir el peso de su enojo.

La alianza de las tres grandes ciudades que acabamos de mencionar fué de suma importancia para Cortés y aumentó al extremo su poderío y recursos.

El conquistador, desde su llegada á Texcoco, se mostró dulce y complaciente con la nobleza y con el pueblo; exploró con sagacidad la opinión, y conociendo que Ixtlilxochitl tenía allí cierto prestigio, le mandó traer con gran pompa de Tlaxcala, donde se hallaba preso, y le hizo coronar rey con las mismas formalidades y ceremonias que si fuese un rey legítimo.

Era Ixtlilxochitl un jóven de veinte años, que desde que conoció á los españoles se adhirió á ellos apasionadamente; su prisión en Tlaxcala, despues de la derrota de Otompan, debe más bien atribuirse á precaucion prudente que á hostilidad.

La exaltacion de Ixtlilxochitl al trono, aunque irregular, surtió á Cortés los mejores efectos. El príncipe no fué en el poder sino un fiel súbdito y un dócil instrumento de los españoles. Adoptó sus costumbres, recibió el bautismo y se llamó Fernando Cortés Ixtlilxochitl, tomando el nombre de su padrino Cortés. Cuando se trató de la reedificacion de la ciudad, despues de haber prestado en la guerra sevicios importantísimos, procuró arquitectos, albañiles y materiales para las obras que emprendió Cortés.

Ixtlilxochitl murió en 1523, jóven todavía, y le sucedió en el trono su hermano Cárlos, de quien á su tiempo harémos mencion.

Cortés fijó su cuartel general y se fortificó en Texcoco, lugar, como sabemos, abundantísimo en víveres y recursos, que confinaba con Tlaxcala, y que, situado á la orilla del lago, le abría ancha vía de comunicacion con México, sin exponer en nada sus tropas.

Despues de los arreglos que hemos indicado, resolvió Cortés atacar á Ixtapalapan, y dejando á Sandoval en Texcoco con una

guarnicion de más de trescientos españoles y muchos aliados, marchó con doscientos de los suyos, tres mil tlaxcaltecas y muchos aliados de Texcoco.

Ántes de llegar á Ixtapalapan los españoles, les salieron al encuentro algunas tropas, combatiéndoles ya por tierra, ya por agua, y huyendo como vencidos á refugiarse en la ciudad.

Empeñados los españoles y tlaxcaltecas en perseguir estas fuerzas, penetraron en desórden en la ciudad, cuyas calles encontraron casi desiertas por haber huido muchos ciudadanos, mujeres y niños, llevándose sus bienes á unas islas del interior del lago.

Entregáronse españoles y tlaxcaltecas al júbilo que les producía tan fácil victoria; derramáronse por la ciudad, saqueándola é incendiándola. Era muy entrada la noche cuando, á la luz del incendio, percibieron que las aguas del lago penetraban en la ciudad por diferentes canales, cundiendo, inundando y amenazando por todas partes.

Participaron á Cortés el inminente peligro en que se encontraban; tocóse retirada, y se abandonó precipitadamente el pueblo; pero al llegar á cierto lugar de salida, las corrientes eran tan impetuosas, que sólo las pudieron vencer con trabajo infinito, pereciendo muchos hombres, y dejando todos sepultado en las aguas el botín riquísimo.

“Si la detencion en la ciudad—dice Cortés—hubiera sido siquiera de tres horas, no hubiera quedado uno solo vivo de los invasores y de los aliados.”

Al siguiente dia regresaron los españoles por la orilla del lago, insultados y perseguidos por los de Ixtapalapan.

Esta expedicion produjo sumo disgusto entre los españoles, no obstante que sus pérdidas fueron de dos hombres y un caballo, y que de los de Ixtapalapan perecieron sobre seis mil hombres.

Cortés, con sumo tino y explotando infatigable los odios que habían sembrado los mexicanos, aumentaba su dominio y alianzas.

Los Señores de Otompan uniéronse á los españoles despues

de los sucesos de Ixtapalapan; lo mismo los de Chalco, después de una sangrienta batalla en aquellas inmediaciones.

Estos chalquenses colmaron de presentes riquísimos á Cortés y al Señor del lugar, que murió de viruelas: ántes de espirar recomendó á sus dos hijos sumision y fidelidad á los conquistadores.

Los mexicanos hacian frecuentes correrías y castigaban cruelmente á los pueblos que se habian aliado con los españoles. Cortés por su parte auxiliaba eficazmente á sus aliados. En aquellos días los chalquenses pidieron con mayor insistencia el auxilio de Cortés; pero éste, teniendo ocupadas sus fuerzas en custodiar el acarreo de madera para la construccion de los bergantines que proyectaba botar al lago para el asalto de México, propuso á los chalquenses se uniesen á los de Huejotzinco para resistir á los mexicanos. Rehusaron los chalquenses, por antiguos resentimientos, pero al fin los unió el comun peligro, siendo la union en lo futuro consecuente y sólida, y sirviendo ella de apoyo poderoso á Hernan Cortés.

LECCION DECIMA.

Los chalquenses.—Expedicion de Sandoval y su triunfo.—Alianzas favorables á Cortés.—Soltepec.—Marcha de Sandoval á Tlaxcala.—Conduccion de útiles para los bergantines.—Marcha de Cortés hasta Tacuba.—Varios combates.—Asalto de los indios á Huaxtepec.—Disgusto de Cortés con Sandoval. Ejecuciones sangrientas.—Reconoce Cortés el mérito de Sandoval.

Templóse la decepcion horrible que sufrió Cortés en Ixtapalapan, con la solicitud con que Otompan y otros pueblos pidieron su alianza, que les otorgó de muy buen grado, poniéndoles por condicion que vigilasen por la seguridad comun y se apoderasen de los espías de los mexicanos, dándole aviso de todas las disposiciones y movimientos de sus enemigos.

Entre estas solicitudes, se hizo notable la de Chalco, ciudad

populosa situada á la orilla del lago de su nombre, invadida constantemente por los mexicanos, contra quienes ya sabemos que los chalquenses tenian profundo resentimiento.

Organizó Cortés, para la libertad de los chalquenses, una expedicion á cuya cabeza puso á Sandoval con algunos soldados españoles de infantería y caballería, y aguerridas fuerzas tlaxcaltecas. Trabóse la batalla, en que de pronto vencian los mexicanos; pero llegando los españoles, hicieron en ellos destrozos, y la poblacion entera de Chalco salió regocijada á recibirlos, haciéndoles los honores del triunfo.

Segun tambien recordamos, el Señor de Chalco, al morir de viruelas, habia recomendado á sus deudos y súbditos la sumision á los españoles; así es que, enviaron á dos hijos de éste y muchos nobles con suntuosos regalos á Cortés, implorando una amistad que fué duradera y conveniente en alto grado al conquistador.

Cortés, después de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el Estado, dándole al mayor la investidura del mando de la ciudad principal con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco y Chimalhuacan.

Después de esto, los chalquenses, temerosos de la venganza de los mexicanos, enviaron á Texcoco emisarios pidiendo el auxilio de los españoles; pero Cortés, teniendo ocupadas sus fuerzas en la custodia de los bergantines, no pudo favorecerlos, y se limitó á aconsejarles se uniesen á los de Huejotzinco, Cholula y Cuauquecholan. Los chalquenses rehusaron este partido, porque los dividian anteriores resentimientos; pero amagados de cerca por los mexicanos, se decidieron por la alianza, resistiendo con buen éxito á los comunes enemigos, y asegurando una union sólida y fiel que duró por dilatados años.

Mientras se verificaban las alianzas que hemos mencionado, extendiendo y afirmando el dominio de Cortés, éste no perdía un solo instante de vista el objeto privilegiado de sus afanes, que era la toma de México.

Pareciéndole ya llegado el tiempo de que se condujese á Texcoco el maderaje, la jarcia y los útiles todos de los bergantines que estaban en Tlaxcala, envió por ellos á Sandoval con 200